

ACTO PRIMERO

ESCENA PRIMERA

Ana y Paulina

(Ana, recostada en el diván, leyendo.

Paulina, sentada en el taburete del piano, escucha con gran atención).

ANA. — (Leyendo). "Apareció la luna, y era incomprensible que, tan pequeña y melancólica, bañase la tierra con su luz tibia, de un azul plateado..." (Deja caer el libro sobre las rodillas).

Ya no veo.

PAULINA. — ¿Encenderé una luz?

ANA. — No. Basta de lectura.

PAULINA. — Está muy bien escrito. Dulce, sencillo, triste... Interesa. (Un silencio). Me gustaría saber cómo acaba. ¿Se casarán al fin?

ANA. — Eso no es lo importante.

PAULINA. — A mí no me gusta ese hombre... No.

ANA. — ¿Por qué?

PAULINA. — Porque se queja de todo; porque no está seguro de nada... Un hombre debe saber cómo emplea su vida...

ANA. — (A media voz). Gregorio... ¿lo sabe?

PAULINA. — Sí lo sabe.

ANA. — ¿Qué piensa?

PAULINA. — No puedo explicártelo como lo explica él, sencillamente... Gregorio no perdona la maldad, la codicia...

ANA. — ¿La maldad!... ¿En qué consiste ser malo, ser bueno?

PAULINA. — Gregorio lo sabe. (Silencio. Ana mira fijamente a Paulina; ésta coge y hojea el libro, sonriendo). Me gusta mucho. Y la heroína ¡qué simpática! Tan virtuosa, tan modesta... Una mujer así atrae.

ANA. — A ti, pobre inocente. Yo me aburro con esa historia. La mujer, no la existido; y la casa, el campo, la luna... Todo mentira; todo imaginación. Y las novelas repiten siempre los mismos engaños... En ellas no aparece la vida como es en realidad; la nuestra, la tuya, por ejemplo...

PAULINA. — Eseriben cosas interesantes. ¿Acaso es posible que nuestra vida interese?

ANA. — (Reconcentrada y dolorida, exaltándose). Ya se ve. Las novelas, me

parecen escritas por hombres que me desprecian, que tratan de imponerme sus gustos y sus sentimientos.

PAULINA. — Yo imagino en cada escritor un alma bondadosa. ¡Me gustaría conocer a un escritor!

ANA. — (Sigue como si hablara para sí). Describen lo repugnante y doloroso, no como yo lo siento, sino de una manera singular, hinchándolo con apariencias trágicas. Y lo bueno... lo bueno lo inventan. Ningún hombre declara su amor como ellos lo describen. Y la vida no es una tragedia. Corre suave, monótona, como un arroyo de agua turbia. Sí; viendo correr un arroyo, la inteligencia se adormece, la voluntad se aletarga, el continuado murmullo nos invade, no dejando lugar ni a esta pregunta: "¿por qué razón corre?"

PAULINA. — Quisiera conocer al autor. Mientras leías, yo me preguntaba: ¿Cómo será? ¿Joven? ¿Moreno?

ANA. — Ya no es nada. Murió.

PAULINA. — ¿Hace mucho tiempo? ¿Cuántos años tenía?

ANA. — Era un hombre maduro... Y borracho.

PAULINA. — ¡Qué lástima! (Un silencio). ¿Por qué se dan a la bebida tantos hombres inteligentes?

ANA. — Vivir... los aburre.

ESCENA II

Las mismas, Pedro

(Pedro, adormilado aún, apareciendo en la segunda puerta de la izquierda.)

PEDRO. — ¿Por qué no encendieron luz? ¿Quién hay aquí?

PAULINA. — Ana y Paulina.

PEDRO. — Qué gusto estar a obscuras.

PAULINA. — Ann se ve un poco.

PEDRO. — Entra en mi alcoba un olor de aceite quemado... Sin duda esto me hizo soñar que nadaba en un río de agua espesa... no sabiendo donde ir... Veía restos de naufragio, tablas que se deshacían en polvo al acercarme a cogérlas: todas apollilladas, podridas... Un absurdo. (Recorre la habitación silbando. Paulina se levanta y enciende la lámpara que pende sobre la mesa). Ya es hora de que sirvan el té.

PAULINA. — Voy a prepararlo. (Se va Paulina por la puerta del foro).